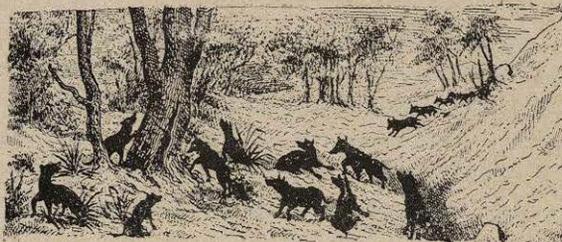


*acogerá el regazo de una verdadera y tierna madre;  
duerme el sueño plácido que nada interrumpe, el sue-  
ño infinito que Dios vela, cubriéndole con el manto  
impenetrable de sus misterios.*



## SANGRE EN LA MONTAÑA.

“ ..... Brindo finalmente, señores, por la benévola acogida que hemos encontrado en esta hermosa hacienda que me ha parecido el palacio encantado de la bella durmiente del bosque. ya que para llegar á ella, pobres ingenieros viandantes y desterrados de nuestros hogares por el cumplimiento de nuestra misión profesional, hemos tenido que cruzar las fértiles montañas y los bosques espesos por la exhuberante vegetación de esta fertilísima tierra del estado de Guerrero ..... brindo finalmente, repito, por la prosperidad y por la dicha de nuestro cariñoso, noble y generoso huésped que con su bondad, con sus atenciones exquisitas, rodeándonos de todas las comodidades y abrumándonos con finezas sin cuento, nos ha dado muestra de su refinada y extrema cortesía, de la nobleza de su origen y de su corazón y ha creado para él, en los nuestros, un afecto sincero hijo de la gratitud, una estimación conquistada por su despejada inteligencia, su claro talento y su innegable cultura, y una amistad que no por recién nacida será menos duradera, menos profunda y menos leal!”

Una salva de aplausos respondió á las últimas palabras del joven ingeniero agrónomo, concertando con los vítores que lanzaban las voces robustas y entusiastas de sus cuatro compañeros. Terminábase así el banquete que, á su despedida, les ofrecía el dueño de la espléndida finca, el sabio y rico agricultor Don Lázaro Perez, en la mesa ricamente servida en medio de la glorieta del jardín, bajo la bóveda de verde follaje de los cedros que embalsamaban el ambiente con su aroma, cubriendo á los comensales con grata y fresca sombra.

Callaron voces y palmas al ponerse de pie, copa en mano, el anfitrión.

Era éste un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, fuerte, de elevada estatura y ancha espalda, robusto y de rostro moreno en que la expresión de franqueza y lealtad se dibujaba en una sonrisa benévola y expansiva y en la recta é inteligente mirada de dos grandes ojos negros, bajo la limpia frente que circundaba el lacio y oscuro cabello que, echado hacia atrás, sacudía sus mechones á cada movimiento de la cabeza, simulando un gallardo penacho que parecía el plumaje agitado por el viento en la cimera del casco de algún noble guerrero azteca.

—“Debo contestar á tan entusiasta brindis, dijo con clara y sonora voz baritonal, por más que carezca de las brillantes galas oratorias, del florido y poético lenguaje con que nos ha regalado e orador á quien acabamos de escuchar. Aunque hice mis estudios en la Escuela de Agricultura de la Capital, hace tiempo que, lejano de ella, vivo aquí consagrado al trabajo en medio de mis gentes de labor que, por más que tienen nobles sentimientos para mí en sus corazones, no son lo más á propósito para mantener conmigo ese comercio de ideas que pule el intelecto y atilda la palabra. Pido á ustedes pues ante todo me perdonen el que

la mía, torpe por descuidada, venga á rebajar el concepto de mi educación literaria en descrédito de los profesores que tanto se esmeraron en dár-mela.

Ningún favor, ninguna gracia hay en el recibimiento que hemos hecho á ustedes. Merecido por su calidad, por el alto valer y por la cultura que les distingue es un simple homenaje al mérito; es un deber porque los mexicanos que gozamos universalmente la fama de hospitalarios con el extranjero, estamos aún más obligados á serlo con nuestros compatriotas y es un placer porque, para los que hemos pasado nuestra juventud en el emporio de la civilización de nuestro país, en la linda ciudad de México, para los que nos sentimos desterrados, es un goce, una satisfacción y un grato recuerdo de ella, la presencia de sus hijos que acaban de abandonarla y que al honrarnos con su visita nos parecen ser los mensajeros que nos traen el beso de esa nuestra madre intelectual que nunca olvidamos, y hacia la cual se vuelven á menudo nuestros ojos y vuelan nuestros suspiros.

El viaje que ustedes han emprendido, su labor misma son árdulos, peligrosos y difíciles. En estas fértiles y casi aún desiertas regiones de mi Estado natal al que la Providencia dotó con fauna y flora exhuberante y esplendente, hay mil penalidades, riesgos y trabajos para el excursionista, para el explorador. Si bien las selvas vírgenes de nuestra montaña le ofrecen sus tesoros, sus maderas preciosas, cierto es que en su seno se oculta y bajo las verdes frondas y los espesos matorrales, el áspid mortal y la tarántula venenosa, el dardo del escorpión y el puñal del bandolero. Hérosos sois los que, por amor al progreso y á la prosperidad de la Patria venís á estudiar esta riqueza, á buscar sus fuentes misteriosas, á trazar las vías que han de fecundizar nuevas tierras, á marcar en fin, los principios de una era de adelanto. Como á

héroes pues, es deber nuestro acogerlos y saludarlos!

Me habeis colmado de distinciones y me habeis proporcionado días muy bellos con vuestra corta permanencia de la que me siento orgulloso y la que miro concluir con tristeza y desconsuelo. Partirán ya que es forzoso, pero al menos se servirán aceptar el último servicio que me es dado prestarles: unas sencillas cajas de provisiones, un guía experto y unos cuantos muchachos que les acompañen y ayuden ya que no puedo, como desearía, ser yo mismo quien les auxiliara en su empresa.

Les doy gracias pues, por su visita. Hago votos, los más fervientes, porque á su feliz regreso del interior del país, vengan de nuevo á mí, que les recibiré con mis brazos abiertos y mi corazón palpitando de alegría y doy gracias también á usted, mi buen amigo; que al tomar la palabra por sus compañeros se ha servido honrarme llenándome de elogios que no merezco. No soy el intelectual profundo que usted dice y mucho menos desciendo de noble cuna. Perdóneme que rectifique; pero mi modestia no me deja aceptar títulos que no merezco y mi orgullo me impulsa á decir en alta voz que soy de humilde origen, más que humilde aún, y que si bien el recordarlo trae á mi memoria las trágicas imágenes que acompañan mi historia, también trae las bellas figuras de seres amados.

Ruego á ustedes me dispensen este pequeño paréntesis, tras del cual levanto mi copa por nuestro México hermoso, por su prosperidad y por la de ustedes y porque, cuando vuelvan á él, me cumplan su ofrecimiento de escribirme y no echarme al olvido.”

—“¡Eso nunca!” clamaron á una voz los cinco jóvenes ingenieros, yendo á estrechar la mano de su huésped y á abrazarle, entre los aplausos y vo-

ces de entusiasmo que respondieron al grito, por ellos lanzado, de “¡viva Don Lázaro Pérez!”

Aplacado el fuego del entusiasmo y á tiempo que era servido el humeante café, uno de los profesionistas dijo, á tiempo que colocaba en su nariz los anteojos que acababa de limpiar con su pañuelo de seda:

—Amigo Don Lázaro: acaba usted de pronunciar palabras que, sobre habernos conmovido, han despertado en nosotros natural curiosidad. Sabiendo que esta hermosa y rica hacienda perteneció á Don Fernando Pérez, personaje de alcurnia, que figuró en la política del país y cuyo apellido usted lleva, no es extraño nuestro error de haberle creído hijo suyo, tanto más explicable cuanto que hemos escuchado de labios de usted referencias á él, tan llenas de amor y de respeto, que sólo en boca de un hijo pueden encontrarse iguales.

Nos ha dicho usted que es de humildísimo origen y añadió que hay en su historia trágicas imágenes. ¿Sería indiscreto pedir á usted nos la relatara?

Quedó suspenso Don Lázaro, cerró sus ojos por un instante como si recogiese su espíritu dentro de sí y apoyando los brazos en la mesa frente á su taza llena de café, contestó.

—No, no es indiscreción el deseo de ustedes y me apresuro á complacerles.



Cerca del límite de esta hacienda, hacia el Sur, á orillas del hermoso río de las Balsas y al pié de la Sierra Madre, entre el guayacán, el roble, las palmas, los limoneros y los recios mangles, hay una chocita de humilde adobe y techo de zacate colocada sobre un collado que domina el bello pai-

saje. Chozas hoy desiertas y que se conserva en pie merced á mi cuidado; lugar querido, Meca de mis recuerdos y capilla de mis plegarias á la que entro frecuentemente con el sombrero en la mano, con el corazón palpitante y las lágrimas en los ojos y cuya tierra beso reverente; relicario de mis memorias y tumba de mis afectos más caros.

Hace ya casi medio siglo vivieron en ella un pobre indito, peón de labranza, mísero empleado de esta hacienda y su esposa. José-Juan y María de la Luz eran felices, acostumbrados á su pobreza y solos en aquel rincón de paraíso, porque se amaban con amor inmenso que tornaba en palacio la humilde choza y en manjar exquisito la tortilla de maíz.

Cuando las aves saludaban el primer rayo de la aurora, María de la Luz se levantaba á ordeñar á su cabrita blanca volviendo con el tazón de espumosa leche que constituía el desayuno tras el que José-Juan, besando tiernamente á su esposa, tomaba su pequeña hoz de segador, su sombrero de palma y el costal que le servía de zarape, emprendiendo la marcha á trote de indio, para acudir puntual á su trabajo. Ella, en pie desde la puerta sin hojas de la chocilla, veíale alejarse, saludándole, enviándole un beso amoroso con la punta de sus dedos cada vez que él, deteniéndose, volvía los ojos hacia el collado y hasta que se perdía en lontananza su blanca silueta entre los matorrales del camino, tras el recodo de la barranca.

Sola quedaba entonces María de la Luz; pero acompañada por la alegría de su alma, rebotante en el canto que entonaba mientras tejía con la cinta de verde lana, la trenza de su larga cabellera de azabache.

Era María de la Luz una joven de dieciocho años, verdadero tipo de belleza de la raza indígena, de formas lindísimas, de fresco y rozagante cutis de seda, de torneados brazos, y mano y pié pequeños,

rostro hermoso de minúscula boca, diminutas orejas, nariz fina y negros ojazos de larga pestaña bajo el arco perfecto de sus cejas, y de mirada viva, franca, penetrante y expresiva; mirada de águila. Siempre jovial y activa, dulce, amante y sumisa era la adoración de José-Juan.

Pasaba María de la Luz en aquella soledad el día cultivando con sus propias manos el pedacito de tierra, su huertecito de frente á la choza ó tejiendo al pie del enorme encino que la daba sombra, la tela para su *güepil* que bordaba con el estambre multicolor hilado y teñido por ella misma.

Pronto tuvo la humilde morada un nuevo huésped, José-Juan y María una alegría nueva y ella un compañero para los largos días en un niño robusto, fruto de sus amores. ¡Cuán gran regocijo cuánta ternura, qué largos y amantes besos me acogieron á mi entrada en el mundo y qué solicitud, cuántos cuidados rodearon mi infancia que se deslizó dichosa en la cabañita, en el huertecito, al pie de la encina, arrullado siempre por los dulces cantos de la indita amorosa, en sus ricos brazos, sobre su cálido y suave regazo y adormecido por el constante y suave rumor de las aguas del río!



Era por entonces dueño de esta hacienda el aristocrático caballero Don Fernando Pérez, el campeón político que cansado de su carrera vino á refugiarse en sus posesiones, deseoso de acabar en ellas, tranquilo, sus avanzados días.

En mi pequeña biblioteca han visto ustedes colocado en sitio de honor, su retrato al óleo que le representa exactamente tal como le conocí: un hombre de casi sesenta años, fuerte y robusto, de raza blanca, de ojos azules y tez rosada, de frente

alta y despejada y con todo el cabello y la gran barba blancos que le daban el aspecto de un apóstol.

Don Fernando infundía con solo su presencia el respeto y el cariño. Siempre afable y sereno bastábale la energía de su mirada, la firmeza de su ademán, el tono tranquilo; pero imperioso y decisivo de su voz, para hacerse obedecer por todos. Digo mal, que uno solo de los que le rodeaban escapaba á esta influencia burlando las órdenes de Don Fernando y causándole constantes penas y disgustos. Llamábase el irreductible, Don Joaquín Pérez, hijo único de Don Fernando y de quien era, como vulgarmente se dice: el reverso de la medalla. Educado en la Capital, en medio del consentimiento y de la holganza, rodeado en ella de amigos que por explotarlo lo mal aconsejaban, pronto Don Joaquín reveló un natural violento, despótico y arrebatado, é inclinaciones y tendencias desordenadas y viciosas.

Mucho es de creerse que el deseo de corregirle fué la causa principal de la determinación que trajo á Don Fernando á vivir en esta hacienda, esperanzado quizás en que se modificarían la índole y costumbres de su hijo, sacándolo del centro de perdición que la Capital le ofrecía y creyendo que la vida del campo y sus consejos acabarían al fin por regenerarle.

¿A qué narrar los infinitos desagradados que el hijo causaba al padre con sus escapatorias periódicas de las que volvía, traído por la falta de recursos, una vez agotadas las sumas de que lograba apoderarse de vez en cuando forzando el cajón del escritorio de Don Fernando, ó escamoteándole la cartera cuando advertía que en ella había éste guardado provisionalmente billetes de banco?

¿A qué describir las escenas repugnantes entre padre é hijo, en las que éste, procaz é irrespetuoso, concluía por arrancar de los ojos de aquel lá-

grimas de indignación, de vergüenza y de dolor de las que se burlaba?

Don Joaquín era el terror de la hacienda y el escándalo del Estado todo, costando fuertes sumas á su pobre padre el acallar la indignación que los actos del joven levantaban é indemnizar los males causados por éste.

Gallardo, atrevido, decididor y alegre era Don Joaquín el que hubiera podido, por esa simpatía particular que generalmente acompaña al desordenado, captarse la voluntad de todos, si no hubiera extremado su osadía y si su carácter altanero y el sello del vicio que marcaba su rostro, no hubiesen concluído por acarrearle el odio general.

La bondad, la caridad y la noble figura del padre servían de escudo al hijo.



En la esplendente mañana de un Domingo de primavera nos hallábamos mi padre, mi madre y yo, que á la sazón tenía nueve años, á la sombra de la encina; él tejiendo un sombrero de palma, ella moliendo el maíz para hacer su *nixtamal* y yo haciendo sobre la tierra chocitas con varitas y hojas secas cuando se presentaron de improviso á nuestros ojos dos jinetes que, apeándose de los caballos y tirándoles de la rienda, llegaron hasta nosotros. Eran Don Fernando y su hijo.

—Hola, José-Juan, dijo Don Fernando,— aquí nos tienes después de haber dado un largo paseo por la hacienda y sus alrededores. Vimos á lo lejos tu casa y se me ocurrió venir á saludarte y á descansar un poco en ella.

—Pasen sus mercedes, contestó mi padre; cuanto hay aquí es de mis patronos y me da orgullo el que pisen esta pobre tierrita y esta choza en que

no hay mas amo que ellos. Lázaro, añadió volviéndose hácia mí: coge el roncal de los caballos y baja á pasearlos por la orilla del río que vienen muy calientes y sudados. Pasen sus mercedes y dignense tomar unas tazas de leche y unas tortillas que María de la Luz va á hacerles.

Tomé de las riendas á los caballos, dos hermosos animales briosos y mansos á la vez y fuí á pasearlos obediente al mandato paterno, recreándome en contemplar los ricos jaeces que los adornaban.

Aún me parece contemplar la silla del caballo que montaba Don Joaquín, toda bordada de pita y plata sobre el labrado cuero, cuyas piezas sujetaban rosetones del mismo metal de los que pendían las elegantes correas, el cincho lleno de borlas de colores y con su rica hebilla amozoqueña de hierro pavonado con blancas incrustaciones, que asomaba bajo el machete de luciente empuñadura y en fin, las cabezadas que, junto al freno, terminaban en dos chapetones de plata maciza que realzadas tenían dos cabezas de león; aún miro la montura del caballo de Don Fernando, silla cuya cabeza estaba forrada de plata cincelada, como el ribete ú orla de la teja bajo la que se deslizaban dos grandes vaquerillos de rica piel de pelo largo y luciente como la seda y que se columpiaban gallardos á cada paso del caballo acariciando sus flancos.

Divertíame en contemplar aquella riqueza cuando mi padre, acompañando á los amos, bajó hasta la orilla del río. Montaron ellos, despidiéronse riendo alegremente, y volvimos á casa padre y yo, donde fué motivo de júbilo y bendiciones el reluciente *peso nuevecito* que Don Fernando, siempre despedido y bondadoso, deslizó en las manos de mi madre al despedirse.

Con aquel peso había entrado la desgracia á nuestro hogar.



La belleza singular de María de la Luz había encendido en el pecho de Don Joaquín la llamaba infernal del deseo. Al abandonar éste la choza, fuese rumiando silenciosamente sus planes para pagar con la deshonra, la cariñosa y franca hospitalidad que acababa de recibir.

Aprovechando las horas en que mi padre se entregaba, bien lejos de nosotros, á sus rústicas faenas, Don Joaquín se presentaba en el huertecito, como de paso, ordenándome pasearle el caballo en tanto que él descansaba un poco en el banco de piedra, á la sombra de la encina, viendo á mi madre entregada á sus labores.

Un secreto instinto me hacía repugnante al hijo del amo, instinto y antipatía que no pudieron vencer sus dones. Prohibíome mi madre recibirlos, disculpándose con él y atribuyendo la orden á la delicadeza de mi padre.

Trató el mancebo en un principio de alcanzar por agasajos y zalamerías su torpe objeto, iniciando poco á poco sus solicitudes que llenaron á mi madre de indignación y terror. Siempre rechazado volvía el galán á su asedio, riendo de las súplicas y de las amenazas de la pobre indita.

José-Juan, dijo ella un día á mi padre; no estoy ya á gusto en estas regiones. Quisiera que nos alejáramos de ellas, que buscaras trabajo en otra hacienda, más allá; del otro lado de la sierra.

Miróla mi padre de hito en hito, sorprendido de la inesperada propuesta y por ella despertada la suspicacia de nuestra raza.

— ¿Es que te aburrres aquí? Le preguntó.

— No; pero no me siento buena..... quizás un cambio.....

—¿No amas ya estos sitios que tantos recuerdos guardan?

—Sí, amarlos sí; pero .....

—María de la Luz: tú no me lo dices todo. Habla claro. ¿Qué hay aquí que te desagrada ó moleste?

—¡Ese hombre malo que viene y la hace llorar! Interrumpí con arranque infantil que hizo á mi padre ponerse en pié como impulsado por un resorte.

Calló mi madre confusa; los ojos de mi padre, mirando al vacío relucían como los de un gato montés. ¡Tuve miedo!

—¿Quién es ese hombre y porqué no me has dicho que venía? dijo él con voz ronca fijando en mi madre sus ojos amenazadores y crispando los puños.

—No te enojés, José Juan; dijo ella con dulce y calmado acento, levantando hacia él su mirada en que la pureza y la lealtad brillaron de tal modo, que hicieron aflojarse los cerrados puños; no te enojés que si algo hay de malo en esto, es el no haberte yo dicho todo desde luego, por temor de inquietarte y porque temía causar males. El que viene es el hijo del amo; viene por las mañanas en su caballo... recuerda que á sus primeras visitas te lo dije. Viene y no viene con buen fin: por eso lloro y por eso quiero que nos vayamos lejos, muy lejos, donde no vuelva á saber de nosotros ..... donde no pueda alcanzarnos!.....

—Marcharnos, sí, contestó mi padre, eso sería lo mejor; pero ¿cómo marcharnos cuando debo al patrón sobre mi salario, cuando estoy vendido?

—Entonces ¿qué hacer? ¿cómo defendernos?

—Veré al amo grande, dijo mi padre después de meditar; le diré la verdad y le pediré consejo y amparo contra su hijo, entre tanto que pago mi deuda y recobro mi libertad. Entonces nos iremos juntos los tres, abandonaremos este bendito peda-

zo de tierra y Dios nos guiará á otras regiones donde nos dé tranquilidad, paz, y la alegría que ya no podemos tener ahora. ¡Alabado y bendecido sea su nombre!



—Sí, José-Juan, sí, te creo; creo lo que me dices y lo que María de la Luz te ha revelado. Por desgracia Joaquín es capaz de eso y mucho más. Su edad atolondrada y su naturaleza perversa son la causa de mis pesares y cada día me trae una nueva queja contra él, un nuevo temor y una amargura nueva. ¿Cómo ha podido nacer hijo mío este calavera desastrado que todo lo atropella, hasta mis canas? ..... Yo debo protegerte, garantizarte, librarte de sus infames propósitos que me avergüenzan.....pero ¿cómo? ¿Qué hacer cuando desoye mis consejos y burla mis órdenes?

—Piense usted, patrón, usted que es bueno y que es sabio. Mire que María de la Luz y mi hijo son los únicos bienes que tengo en la tierra, que yo los defendería á precio de sangre y vida..... pero, contra Don Joaquín..... ¿cómo? Si es amo ....! si es el hijo del patrón!..... ¡No puedo!..... Yo quisiera irme con ellos lejos..... muy lejos, como dice María de la Luz; pero no puedo porque le debo á usted .... porque tengo que cumplir, ¡porque no me había de ir como un ladrón!

—¡Eres libre! dijo Don Fernando vivamente, eres libre, José-Juan, nada me debes; yo te perdono esa friolera y ya que habéis tenido tan buena idea, yo no he de ponerte obstáculos, ni hacerme cómplice de mi hijo. Vete, pues; váyanse benditos de Dios, que éste es el único remedio que encuentro á nuestra peligrosa situación. Nada me debes; antes bien, toma estos diez pesos para ayuda de tu viaje.

Aprovecha el día de mañana para arreglar tus asuntos, si algunos tienes pendientes, y sin que nadie lo sepa, sin que nadie pueda figurarse siquiera á dónde te diriges, vete..... [vete con ellos antes que despunte el alba y llévate la bendición de tu amo.

Arrodillóse mi padre [besando las manos veneradas de Don Fernando, y despidiéndose abandonó el despacho trémulo de gozo, sin notar que tras la hoja de la puerta que abría, se ocultaba rápidamente el malvado joven en cuyo rostro se dibujaba una sarcástica expresión de burla y amenaza.



¡Cuán limpia y serena amaneció la mañana siguiente!

—Oye, José-Juan, decía mi madre; oye el canto de los pájaros, oye sus gorjeos que parecen decir ¡libertad! Dios bendiga al amo que así nos vuelve la alegría á nuestros corazones! ¡Libertad!

—Sí, libertad y destierro, dijo mi padre; destierro de este paraíso en que nací y en que fuimos tan dichosos!

—Y lo seguiremos siendo, lejos de la asechanza y la maldad. ¿No es bastante nuestro cariño para hacer un nuevo paraíso?

—Tienes razón. ¡Vaya! Ahora despídete de la cabra pidiéndole su última taza de leche. Ayer quedé en llevarla á mi compadre Teófilo que me la compra.

Las lágrimas de mi madre y las mías cayeron sobre el cuello de la blanca y dócil nodriza. Mi padre, por fuerza de la costumbre, tomó su pequeña hoz y su costal y tirando del ronzal de la cabrita, dirigióse á la hacienda, quedando solos y tristes mi madre y yo.

El día avanzó. Cerca de las diez de la mañana y cuando más distraídos nos hallábamos, se presentó de improviso ante nosotros Don Joaquín, á pie esta vez, y diciendo en tono burlón:

—¿Conque huyes, María de la Luz? ¿Conque cuentan ustedes con marcharse mañana antes de que despunte el alba? ¿Conque piensas dejarme burlado y loco por tus hechizos? ¡Ingrata! ¡Yo que quería hacer de tí el ama de la hacienda, la reina y señora de la comarca toda!..... ¡Pero no sabías que yo andaba bien despierto y que la pista que yo sigo no se me hace abandonar tan fácilmente!

—Por Dios, amo Don Joaquín, dijo mi madre: váyase y no se empeñe en hacerme desgraciada. Tenga caridad de mi desamparo y de mi pobreza y apiádesese de este niño; respete su inocencia.

Una satánica risa brotó de los lábios de aquel hombre.

—Pues, óyelo bien, María de la Luz, dijo: vengo resuelto á todo; tú me has orillado; ¡hoy, ahora mismo, vas á ser mía!

—Oh, nó; mire patrón que no tarda José-Juan en regresar y, si le encuentra aquí .....

—¿Crees que le tengo miedo? ¡Peor para él si vuelve!—dijo acariciando el mango de concha del revólver que sobre la cadera llevaba—¡Ea! No perdamos tiempo y déjate ya de remilgos, linda mía.

Avanzó hacia ella que retrocedía hacia la cabaña, tomola por los brazos y luchando la empujó á dentro.

Lanceme á defender á mi madre, pobre y débil criatura! Colgueme furioso del brazo de Don Joaquín, quien de un puntapié envióme rodando al quicio de la puerta contra la que rebotó mi cabeza, que herida dejó escapar la sangre, quedando yo aturdido por el golpe.

Al verla mi madre exhaló un grito, grito feroz

y salvaje, y tratando de desasirse de Don Joaquín para socorrerme, clavó los dientes en su mano derecha hasta arrancar el pedazo.

El lanzó una blasfemia brutal, dejándose llevar de uno de esos arrebatos de ira que tan temible le hicieron en la comarca, y asiendo con ambas manos el cuello de mi madre dieron en tierra, echando él espumarajos por la boca y fuego por los ojos y ella exhalando un ronco estertor que pronto cesó. ....

Quedó mi madre tendida y levantóse él tambaleándose como un ebrio, á tiempo que mi padre se presentó á la puerta.

Echó Don Joaquín mano á la pistola amartillándola; mas no tuvo tiempo de disparar: la hoz que mi padre traía en la mano, rápida y centelleante plantóse en su vientre y penetró hacia arriba partiéndole el corazón!

¡Cómo lloraba José-Juan abrazando el cadáver de María de la Luz, á la que en vano llamaba con las más tiernas frases!..... ¡Qué hondos sollozos, qué crueles arrebatos!

Al fin, apartándose, se volvió á mí y al verme herido, encendióse su cólera de nuevo y su mano crispada dirigió al muerto Don Joaquín un inútil gesto de amenaza.

Lavó mi padre el sitio de mi herida, tranquilizándose al ver su escasa importancia, y la vendó cuidadosamente tomando el pañuelo que cubría el cuello de mi madre.

—Ahora me llevarán á la cárcel, dijo; me condenarán y tú quedarás solo en el mundo!

—No, padre..... ¡vámonos!..... vámonos á la Sierra Madre..... vámonos lejos..... no me abandones, yo te seguiré aunque caminemos muchos días y muchas noches..... ¡vámonos!

—Sí, es verdad, repuso: tienes razón. ¿A qué esperar á la Justicia si para el pobre no tiene más

que prisiones y suplicios. ¡A la Sierra! ¡A la montaña!

Y arrancao su hoz del pecho del muerto, recogiendo su costal y tomándome de la mano, á paso veloz nos dirigimos á la falda verdeante del cerro inmediato, por la cual trepamos internándonos en la espesura de sus bosques.

Así caminamos todo el resto de la mañana y parte de la tarde sin encontrar huellas humanas, ni escuchar ruido alguno que nos indicara que fuésemos perseguidos. Deteníase mi padre de vez en cuando, echándose de bruces y aplicando el oído sobre el suelo, levantándose luego para proseguir nuestra fuga á través de los árboles, de los zarzales, de las rocas y las malezas, por las que él me abría paso.

Casi á la oración de la tarde, en una de las posas ó escuchas que hacía José-Juan, permaneció largo rato con el oído atento hasta que exclamó:

—Vienen, sí; ya vienen..... son varios á caballo; rurales ó mozos de la hacienda. Han encontrado nuestras huellas. ¡Si traen perros, somos perdidos!

Se puso en pie y atrayéndome con rapidez, me hizo descender por una quebradura del terreno donde un matorral nos sirvió de escondrijo. Allí permanecimos agazapados hasta oír clara y distintamente chocar los cascos de las cabalgaduras contra las piedras del sendero.

Nos perseguían. Eran cuatro rurales que avanzaban al galopar de sus monturas. Pronto oímos sus voces.

—¡Eh, vamos al paso! dijo uno; los caballos están cansados y no hay para qué correr tanto. A pie y con una criatura, no ha de estar ya lejos.

—Pues yo quisiera no encontrarle, dijo otro de ellos; me desagrada tener que entregarlo.

—¡Mató á su patrón!

—¡Mató á una fiera! ¡Qué carrizo! ¡Bastante se alegran todos de su muerte!

Y las voces se alejaron rumbo al Sur, quedando nosotros inmóviles hasta verlos desaparecer por una hondonada. La noche empezaba.

—Vamos, Lázaro, ya podemos continuar nuestro camino, anda, ordenó mi padre y, en dirección opuesta á nuestros perseguidores, avanzamos y avanzamos en carrera loca, hasta desembocar á la cuenca de un pequeño valle que se extendía bajo la colina, limítrofe con la selva que tras de nosotros habíamos dejado.



Cerró la noche dificultando con sus sombras nuestra marcha y el que mi padre pudiese encontrar una hoquedad, un sitio en que guarecernos y descansar. ¡Todo era desierto y negrura!

Un ladrido lejano, un ahullido nos hizo volver la cara hacia atrás. En los límites del bosque se oían agitarse las malezas entre las que aparecieron luego varios puntos luminosos que se movían.

—Son coyotes, dijo mi padre. Mal encuentro, y peor si vienen en bandada. Hice mal en haber dejado la pistola de ese canalla; tendré que combatirlos cuerpo á cuerpo con mi hoz.

Multiplicábanse los puntos y avanzaban como siguiendo nuestro rastro.

—Son muchos. ¡Dios nos ampare!—murmuró la voz angustiada de José-Juan. ¡Corramos Lázaro! En las ramas de ese árbol podremos escapar ... ¡trepa!..... ¡trepa pronto que ya están cerca y vienen corriendo, ¡trepa por Dios, hijo de mi alma!

—Con las alas del miedo subí por la rugosa corteza, siguiéndome y empujádome mi padre. ¡Era tiempo! Al llegar á las ramas en que nos coloca-

mos, le ví rasgar su camisa de manta y vendarse el pie derecho, desgarrada la planta por un mordisco de uno de los coyotes, los que rodeaban el roble ahullando, dando vueltas en torno de él, olfateando impacientes el suelo que rascaban con sus manos, levantando hacia nosotros sus hocicos aguzados y mirándonos con sus ardientes pupilas de demonios.

Así pasamos la noche entera llenos de molestia y de cansancio, sin poder pegar los ojos y sufriendo los primeros tormentos del hambre y de la sed.



Esperábamos que con la luz del nuevo día abandonaran el campo nuestros sitiadores ¡vana ilusión! Turnábanse, alejábanse unos, en tanto que otros les substituían en su guardia, permaneciendo unos echados, otros sentados y otros al pie del tronco en el que apoyaban sus manos como si intentasen trepar; todos fijos en nosotros, sin perder de vista el menor de nuestros movimientos.

En vano mi padre exploraba el horizonte buscando las siluetas de algunos caminantes, de sus perseguidores mismos á quienes llamaba á voces, resuelto á entregarse por salvarme de las torturas del hambre y de la sed, que me hacían llorar por más que trataba de dominarme. ¡Nadie! En la desierta landa se extendían nuestras voces por los montes y cerros, inundados de sol caldeante, que parecían divertirse devolviéndonos multiplicado el eco de nuestros desgarradores acentos!.....

—Padre! No tengo fuerzas! Siento que resbalo y que todo voltea al rededor! .... ¡Voy á caerme!—dije.

Acudió él deslizándose por la rama y, quitándose la banda que le servía de ceñidor, atóme á

ella sólidamente sobre su costal para que menos dura me pareciese.

Pasó otra noche más cruel que la primera .... Nuestras voces débiles y enronquecidas á penas si podían despertar escuálidos ecos en lontananza durante el segundo día, que tampoco nos trajo el socorro anhelado y sin que los coyotes abandonaran su asedio, cada vez más impacientes, más hambrientos y feroces.

¡Qué horrible sed! ¡Qué dolores y qué vértigos los del hambre! .....

Una tercera noche acabó con el resto de nuestra energía. Tras ella y á las pálidas y amarillentas luces de un triste amanecer ví á mi padre demudado, lívido, con la mirada vaga é incolora, resbalar de la rama, rodar por el tronco rebotando contra sus salientes y caer boca arriba, con los brazos abiertos á mis piés, bajo mis ojos, sobre la raíz del árbol, y ví precipitarse sobre el cuerpo indefenso á los famélicos coyotes, que clavaron á un tiempo sus feroces mandíbulas, arrancando los músculos, destrozando con espantoso crugido el tórax de la víctima, extrayendo las entrañas con sus ensangrentados hocicos de horribles colmillos y haciendo con ellas el más horrible y espeluznante banquete que entreví enloquecido, agitándome desesperadamente, gritando, llorando y concluyendo por perder el sentido.



Fuí encontrado pendiente de la rama y medio muerto por unos caminantes que me recogieron y me llevaron á la hacienda, después de sepultar al mismo pie del árbol los restos de mi padre.

Don Fernando, compadecido de mis males, causados por su hijo, cuyo luto llevaba, me recibió ba-

jo su protección y acabó por adoptarme, habiéndome yo granjeado con mi cariño y obediencia sus sentimientos paternos que puso todos en mí, educándome y dejando á su muerte por heredero de todos sus bienes al humilde hijo de su oscuro y desdichado peón de labranza.

